



IL CORTILE DI ANGUILLARA

PEDRO CANO

La nube del recuerdo llueve sobre Paolo Malatesta, en Rímini



Antonia Cantabella

A Andrés

«Amor, que a nadie amado amar perdona,
por él infundió en mí placer tan fuerte
que, como ves, ya nunca me abandona.»

Dante Alighieri.

D ICEN que en este Infierno las almas atormentadas perdemos nuestra capacidad de remembranza. Pero no es cierto, o tal vez yo pueda evocar todo mi pasado porque no sufro tormentos. En efecto, hay quien llama Infierno al espacio que, a cada instante, volamos Francesca y yo, agarrados por el amor que un día nos unió eternamente. No sé encontrar un nombre más apropiado, ni lo deseo. Tan sólo sé que un día llegamos juntos, para quedarnos aquí, juntos. Pero quien sepa sentir amor, comprenderá que este segundo círculo, habitado por almas que eligieron la pasión arrebatada, bien podría ser llamado Paraíso.

No se poner un nombre al que fui, mortal de Rímini, hombre débil y ausente, desinteresado de todo aquel mundo que se aparecía como trascendental. Lo cierto es que a todos los llamaba con urgencia aquella vida del siglo XIII, que se nos mostraba en continuo devenir, cual si de un adolescente se tratara. Las costumbres, la política, la religión, todo se metamorfoseaba fantasmagóricamente, y aún los más interesados en seguir aquellos cambios se alarmaban con la celeridad de nuestro siglo.

En medio de todo aquel desorden magistral, me encontraba yo, isla perdida, alma de agua; vacío de anhelos, y de siglos, y de cambios. Vistieron mi alma de poeta con un cuerpo y con un nombre. Decidieron llamarme Paolo Malatesta. Pero yo nunca me sentía invocado por nada ni por nadie.

Es sorprendente, después de todo, que un alma grácil como la mía, consiguiera lo único que deseó en su vida, y en su muerte. Pues al recordarme, tan alejado de todo, ignoro qué afortunada estrella barrería en el infinito los destinos de mi alma y la de Francesca, y nos voló a este lugar.

Quedan en mi ropaje antiguos vestigios de lo que fui. Algunas veces, mientras sobrevuelo este apartado cielo sin puertas junto a mi amada, no puedo evitar algunas visiones instantáneas que quedaron para siempre en mi memoria. No las evoco con nostalgia, sin embargo. Son, eso sí, el comienzo de algo hermoso. Y como comienzo de mí mismo, son especialmente queridas.

.....

A veces, me contemplo en los umbrales de mi amor. Todavía soy un muchacho, pero ya percibo la presencia de Francesca en un rincón muy especial de mi alma. Aún no sé su nombre, ni conozco su semblante. Y, en cambio, ya el corazón me crece dentro, me avisa de algo grande, desconocido y definitivo.

El día que nos conocimos, yo llevaba mi traje recién acabado, y escondía las manos tras la espalda, como acostumbraba a hacer mi hermano Gianciotto. Lo miraba todo con indiferencia, mientras esperaba con un poco de impaciencia ver aparecer a la joven prometida de mi hermano. Yo todavía no podía mostrar una barba bien cuidada, pero ya mi voz se abría paso con tono grave y hondo. Mi nuez se adelantaba a mis deseos, y desafiaba orgullosa a todo el que hiciera un cálculo equivocado de mi edad. Mi mirada ya tenía esa profundidad que cultivamos con la adolescencia, que los demás no saben si traducirla por despecho, por miedo, o, simplemente, por amor. Me gustaba elevar con arrogancia la barba, como si no aguardara nada más en la vida. Así solía contemplar a mi hermano: su rostro elevado, como si hablara con el mismo Dios, como si le contestara la divinidad. Pero cuando yo alzaba mi rostro, nunca esperaba que me contestaran desde el Paraíso. Simplemente me quedaba escuchando cómo respiraba la vida, cómo iba cayendo el sol sin ruido sobre la ciudad. Tal vez anhelaba ver volar a una gaviota. Pero nunca, nunca esperé que me contestaran desde el Paraíso.

Así estoy detenido en mi imagen: de pie, con las manos a la espalda, la barbilla elevada y una cierta inquietud que se me anuda al estómago.

Entonces aparece Francesca. Camina lentamente hacia nosotros, como si no quisiera llegar nunca. No nos mira, y creo comprender que es por pudor. Mientras contemplo sus mejillas encendidas y el juego de equilibrio de su esbelta figura, creo adivinar en ella algo imperecedero, un anuncio de eternidad, que jamás podrá captar Gianciotto. Tengo la certeza entonces de que Francesca obedecerá unas normas que fueron establecidas por otros, pero que nunca comprenderá. Deberá ser la esposa de mi hermano, porque sí, porque a alguien le pareció una buena idea. Pero a mí, que vivo ajeno a ese mundo de

intereses, me parece que Francesca escapará de esa vida cualquier día, por una ventana descuidadamente abierta. Y, al verla caminar, envuelta en su aire de niña soñadora, me propongo firmemente esperar a que suceda.

Mi hermano no pudo verlo, pero estaba revolando en torno a los tres un enviado del destino. Francesca y yo clavamos los ojos en él, y al escuchar el futuro de labios de aquel ángel, nos miramos por vez primera a los ojos, y nos juramos sin hablar amor eterno.

No comprendimos la presencia de Gianciotto: era un obstáculo insalvable. Pero supimos al momento que estábamos hechos el uno para el otro.

Francesca estaba entonces en los umbrales de su adolescencia; era una niña de esas que ya confían en que la próxima primavera les traiga algo más que flores. Ella, sin duda, ya aguardaba deseosa la primavera. Yo, que nunca había esperado nada, acababa de comenzar un decidido viaje sin retorno hacia el amor, y lo más extraño era quizá que hasta entonces nunca había sabido qué podía buscar, y dónde encontrarlo.

A pesar de nuestro recién conocido amor, que ya nos estaba pidiendo realidades, lo único verdadero era el matrimonio que mi hermano preparaba.

Francesca finalmente se desposó con Gianciotto Malatesta. Las bodas fueron todo un acontecimiento social en Rímini. Durante varios días, nuestro hogar estuvo alborotado, y de todas partes salían y entraban los invitados, dispuestos a no dar por terminada la celebración.

Recuerdo que durante días me encerré en mis habitaciones, y lloré amargamente, igual que un niño, la pérdida de mi único sueño.

.....

Por las grietas de este Infierno caen retazos como hojas del árbol de Francesca, de aquella Francesca ya madura; de la que bordaba frente al ventanal más amplio de la casa; de la que paseaba sola por los jardines; de la que permanecía callada, mirándome, durante los parlamentos de mi hermano y de todos los conocidos de mi hermano; de la Francesca más querida por mí, de la más lejana.

No obstante, aparece más nítida que ninguna, la imagen de Francesca leyendo en voz alta

libros que yo le traía de mis viajes. Y de las historias que esos libros nos contaban, no logro desmembrar las que eran novelescas de las que protagonizábamos Francesca y yo. A ella le sucedía algo similar. De modo que cuando los protagonistas de aquellos libros se enamoraban, éramos nosotros los que lo hacíamos. Y cuando en el aire se cruzaban nuestras miradas, nos preguntábamos si nuestra emoción no la habríamos leído ya en los libros.

En los últimos días de nuestro secreto amor literario, confundíamos nuestros nombres, y nos sorprendíamos llamándonos Ginebra y Lancelot, sin percatarnos de nuestro error hasta que escuchábamos la risa divertida del otro.

Este juego con la ficción nos salvaba de los remordimientos. Vivíamos al borde de un abismo, pero no podíamos evitarlo.

Nunca nos atrevíamos a ser tan intrépidos como los personajes de nuestros libros. Nos contentábamos con imaginar que aquellos besos, aunque dados con otros labios, eran los nuestros. Sólo una vez, la última, quisimos dar un salto para escapar definitivamente a la ficción. Mi última imagen —la más hermosa que me llueve de la nube del recuerdo—, pertenece a una tarde de aquel último otoño de 1.285. Aun ahora, desde este Infierno que nos acoge, no puedo saber qué nos impulsó al sueño, si la hermosa tarde de septiembre, la calma del bosque, o la historia del amor entre Lancelot y Ginebra. Es posible que todas las fuerzas se aunarán, cosidas por el hilo de una pasión que ya era incontenible...

...Ambos sostenemos el libro, en cuyas páginas ríe un amor inmortal, casi tan bello como el nuestro. Estamos sentados junto a un castaño, que nos da sombra. En lo alto, oculto a nuestra vista por entre las ramas del enorme árbol, el sol nos espía, y nos derrama su luz como si nos ofreciera así una oportunidad secreta y definitiva de mirarnos a los ojos. Los rayos nos llegan quebrados por la forma de las hojas, y así se quedan, rayos de árbol, sobre nosotros. Podemos oír el murmullo de una cascada lejana, y adivinamos un agua que corre cristalina hasta perderse en la espesura del bosque. Las hojas secas cubren el suelo, y nos sirven de tapiz sobre el que apoyarnos.

Francesca está muy bella esa tarde; su hermosura no parece terrenal. Lleva un vestido color púrpura, que deja al desnudo su frágil cuello y sus hombros níveos. En su escote parece esconder un delicioso jardín de aromas prometedores. Ciñe su talle con una cinta de seda. El vestido le cubre lánguidamente hasta los pies. Bordados de flores rodean y embriagan de aroma sus muñecas, como si fueran flores recién cortadas. Sus ojos, diáfanos, prometen caricias a todo lo que puede ser mirado en el mundo. Los tiene posados en la página del libro, y sus labios rojos susurran una historia que no está escrita. La miro mientras lee. Sé que ella percibe mi mirada; lo noto en el ligero temblor de mariposa de sus manos, que acarician el libro. Francesca está contando una historia que no sería amorosa si no la leyera así, como lo hace, con su clara y dulce voz, que siembra secretos en la bahía de mis oídos. Me están naciendo estrellas en los ojos, y ella no los mira, pero lo sabe, porque me siente a su lado, amándola más que nunca. De pronto ha callado, y duda unos momentos antes de mirarme. Cuando lo hace, descubre una explosión de deseos y promesas que tiemblan junto a ella.

Hace ya mucho tiempo que enmudeció el río, y nuestro torrente tan sólo ha comenzado. Francesca acaba de leer la historia de un beso, y se ha quedado callada, mirándome, esperando que, por fin, lo escribamos juntos.

Mi imagen se cierra al contemplar el libro caído sobre el regazo de Francesca, como si fuera una hoja más, perdida en ese último otoño...

.....

Aquí en mi Infierno, puedo escuchar aún aquellas palabras de mi madre, que me hablaban de un lugar apartado y dichoso, en donde las almas que verdaderamente habían amado vagarían por los aires con una felicidad atemporal. Yo la escuchaba sin comprenderla, pero todas las noches, antes de dormirme, imaginaba que uno de esos ángeles blancos que conocía mi madre, llegaba hasta mi lecho y me llevaba al Paraíso...

A medida que transcurrían los años, aquel lugar que mi madre me había mostrado todas las noches, se iba perdiendo más y más en el firmamento de mi vida, hasta hacerse un punto lejano y ficticio, como una estrella sin luz.

En mi adolescencia olvidé aquel Paraíso creado para los niños que no quieren dormirse. Pero en mis sueños de poeta siempre aparecía aquel ángel de mi infancia, aquel que me llevaría definitivamente del mundo.

Cuando vi a Francesca por primera vez, aquella tarde en que llegaba flotando en el aire de su inocencia, comprendí que la había conocido mucho tiempo atrás, desde mi niñez. Francesca era el ángel que llegaba de puntillas hasta mi lecho, y me mostraba el verdadero Paraíso, el que incluso mi madre desconocía. Cuando la vi, yo tenía tan sólo quince años, pero supe con certeza por quién viviría y por quién desearía morir.

Al recoger y ordenar los fragmentos de mi vida, comprendo que mi destino siempre estuvo escrito en un trozo de cielo, junto al destino de Francesca. Nadie pudo presentir que nosotros éramos el gran sueño de amor de un Dios que no veíamos. Y así, mientras mi madre se inventaba paraísos, mientras mi hermano calculaba hasta las últimas consecuencias de sus proyectos, mientras todas las plumas del mundo se afanaban en escribir las más bellas historias de amor que leeríamos después juntos, nuestro Dios desconocido nos soñaba enamorados, enamorados para siempre, alcanzando con los dedos nuestra propia quimera, nacida de un sueño divino...

.....

Soy el alma de Paolo, y vuelo junto al alma de Francesca. Estamos juntos. Somos eternos. Por todo esto, sé que este Infierno es mi Paraíso. Y, cuando miro los ojos de Francesca, entiendo que no pudimos ser, que no somos, sino un sueño de Dios.

Murcia, 5 de Septiembre, 1.991